

Para terminar, el libro nos muestra una diversidad de documentos, donde principalmente se destacan aspectos relevantes del gobierno de la Unidad Popular como el programa de gobierno, o algunos discursos de Salvador Allende. Por otro lado, se hace mención a algunos bandos de la Junta Militar y testimonios escritos de la muerte de ciertas personalidades de la Unidad Popular perpetradas por el régimen militar del general Pinochet.

En resumen, un libro más, como lo señalamos al comienzo, de testimonio personal, y para ser redundantes de un hombre proveniente de aquellos sectores que después de un largo periodo de silencio hoy intentan, más que explicar, limpiar la imagen de un Allende –que a estas alturas está limpia, no así la de sus seguidores– que luchó y murió por sus ideales y que lo que ocurrió aquel 11 de septiembre de 1973 no fue su responsabilidad –según Soto– sino más bien fue una trama de aquellos sectores de oposición coludidos con un sector de las Fuerzas Armadas que veían amenazados sus privilegios.

LA SOCIEDAD CIVIL POPULAR DEL PONIENTE Y SUR DE RANCAGUA (1930-1998)

Gabriel Salazar Vergara

Ediciones Sur, Colección Estudios Sociales, Santiago, 2000.

RICARDO VARGAS MORALES

Desde hace bastante tiempo la historiografía chilena está acostumbrada a recibir la prolífica y permanente producción del historiador Gabriel Salazar Vergara, quien en esta oportunidad (marzo 2001) nos presenta un nuevo trabajo histórico social de enorme contribución para el presente de nuestro país.

Su obra se sitúa en las experiencias vividas por un sector significativo de pobladores del poniente y sur de Rancagua, labor en que invirtió un tiempo no inferior a los tres años en la ejecución de su proyecto investigativo.

La sociedad civil popular del poniente y sur de Rancagua (1930-1998) es el título del trabajo y encierra precisamente una de sus claves centrales, que, al decir del propio autor, ha tenido el propósito de rescatar aquellas expresiones de vida construida por los pobladores que lentamente levantaron en este sector de Rancagua sus manifestaciones de existencia social e histórica. Una sociedad civil que busca, más allá de las respuestas entregadas por el Estado, la constitución de una base social que comunitariamente ha ido sorteando las vivencias de la pobreza.

En un breve examen que realiza el autor en su prefacio establece las determinantes de su trabajo, tanto a nivel epistemológico como metodológico, afirmando que la investigación ha utilizado esencialmente la historia oral, esto es, mediante una serie de entrevistas y conversaciones con los pobladores ha logrado sistematizar los recuerdos de sus habitantes. En el transcurso de la narratividad que presenta la obra se registran numerosos y significativos testimonios, incorporando de este modo una proposición metodológica de real participación, donde los pobladores concurren plenamente en la trayectoria y organización del trabajo historiográfico.

En este sentido la obra ofrece un nuevo marco epistemológico hacia una producción de conocimiento desde los propios actores, en donde los recuerdos no fueran mediatizados por otras fuentes, tal como lo expresa Gabriel Salazar:

Que no se iba a adoptar aquella clásica perspectiva desde la ciencia o desde el Estado que los asumía como fríos objetos de estudio o pasivos beneficiarios... (p. 14).

Una primera conclusión que se forma en la lectura de este relato histórico se refiere al accionar del historiador. Este se incorpora con propiedad en un campo muchas veces reservado para otros trabajadores de la realidad social. Resulta interesante esta perspectiva, sobre todo para quienes todavía sostiene la separación de objeto y sujeto de estudio, pues se percibe en esta investigación que el historiador se convierte en un agente historiográfico que transita sin ambigüedades, y con plena apropiación de los nuevos espacios historiográficos, cuestión que posibilita la generación de innovadores códigos interpretativos, tan necesarios para sistematizar el discurso histórico de los sectores populares.

Al decir de Roland Barthes el historiador se *instala* desde un nuevo campo de sujeto social, desarrollando un compromiso al interior de sus historias, e instaurando capacidades para dialogar con los hechos de la experiencia desde el mundo local, pero en simultaneidad con los saberes más doctos de la totalidad histórica nacional. Surge, así, la sociedad civil popular como objeto y opción de trabajo.

Sobre este aspecto cabe mencionar el esfuerzo conceptual que el historiador Salazar presenta en su estudio. Ello dice relación con el término de *sociedad civil*. Este concepto se reivindica cuando los grupos humanos despliegan sus capacidades de construcción de comunidad. Pero al mismo tiempo, es la historia de los más pobres, y en este sentido el autor se localiza en lo popular. La idea matriz será entonces que estos sujetos producen saberes, siendo un conocimiento válido para su vivencias locales.

Brevemente quisiera resaltar tres dimensiones que aparecen como posibilidades y proyecciones de esta historiografía, tanto para hacer este tipo de historia como para implementar su aprendizaje social.

Un primer aspecto interesante está referido al tema de la temporalidad, el cual surge en esta obra como una propuesta de clara ruptura con las definiciones tradicionales sobre el tiempo histórico, y de alguna forma este trabajo historiográfico viene a superar todas aquellas categorizaciones rígidas y segmentadas entre el pasado y el presente. Al respecto Gabriel Salazar expresa:

Los trabajos de construcción histórica de los pobladores del sur y poniente de Rancagua merecen ser recordados... Por eso, no deben ser recordados únicamente como algo del pasado, sino asumidos también como un capital social que puede y debe ser potenciado como un factor de desarrollo y de cambio sociales, en perspectiva de futuro (p. 16).

Los recuerdos de la memoria constituyen la transversalidad de esta obra, donde los tiempos históricos pasado y presente se conjugan en una gran globalidad de vida, sin separación entre las alegrías y crisis de ayer con las de hoy, vale decir, entre las vidas de los viejos, los jóvenes, niños y mujeres.

El orden de la memoria social de los pobladores del poniente y sur de Rancagua se moviliza desde sus innumerables huellas para lograr una existencia digna, en un vasto y múltiple registro de cómo lograron el sitio para la casa, la fundación de sus familias y comunidad, de las vidas vividas por más de 60 años, y donde los recuerdos serán la distinción para siempre que los ayeres fueron mejores que los difíciles futuros.

Para los pobladores de Rancagua la memoria colectiva subraya plenamente que los tiempos de ayer fueron de mayor libertad e independencia, hecho manifiesto en los juegos, el amor, las fiestas, etc. Sus registros suman y siguen con la diversidad de experiencias que, al decir del historiador, son las expresiones de un hacer de la sociedad civil popular en que ejercitan diariamente su soberanía.

Una segunda dimensión a valorar en la presente obra salazariana lo constituye su escritura, que representa el desafío de designar y significar el lugar de producción de las relaciones sociales de la sociedad civil popular, como señala Miguel Valderrama en su escrito *Renovación socialista y renovación historiográfica: una mirada a los contextos de enunciación de la nueva historia* (LOM-ARCIS: 2000):

Toda operación de escritura,... no es sino desde siempre una afirmación de lugar, una antropología que vincula indisolublemente el valor ontológico del ser presente a la determinación estable de un espacio, de un territorio, de un contexto de sentido y significación (p. 97).

Esta afirmación nos es necesaria para comprender su escritura, que en definitiva es el discurso histórico que emplaza Gabriel Salazar en *La sociedad civil y popular*. Pues lo que dice, los enunciados que emana sobre las relaciones sociales del pueblo, son el producto de las propias determinaciones espaciales y temporales que encarnan las experiencias de los más pobres.

Desde otro ángulo la escritura de este historiador logra diseñar la aproximación hacia un nuevo objeto histórico, cuestión que está dada por la necesidad de revisar la nueva constitución de los sujetos históricos. Dicha situación propicia una nueva realidad histórica, hecho que significa un cambio de la mirada, como por ejemplo el estatus dominante del Estado, por la soberanía de la sociedad civil. Desde este juego de contrarios se permite la escritura de Salazar una demanda urgente, la necesidad de una transformación en el nivel epistemológico y metodológico de esta historiografía, de suerte que pueda potenciar lo que en palabras de Miguel Valderrama significa que

... la nueva escena historiográfica debe afirmar la transformación del campo objetual de la referencia discursiva tanto a nivel histórico como a un nivel historiográfico (p. 119).

En este sentido el estudio de *La sociedad civil y popular del poniente y sur de Rancagua* incorpora el habla de los sujetos, pues dicha sociedad civil siempre habla, y particularmente en esta ocasión de manera protagónica. Así, los sujetos adquieren en esta historiografía una fuerza centrífuga de su historicidad y proyectos, los que operan hacia el centro del teatro histórico nacional, y que en consecuencia se traduce en una real valoración de las experiencias populares.

Al respecto hay que considerar que el tema encierra algunos nudos interpretativos polémicos, dado que esta historiografía se refiere a lo que Valderrama denomina, citando a Gabriel Salazar,

aquí, lo central es, más bien, resolver el problema de cómo discernir las condiciones fundamentales que hacen de un colectivo social un sujeto histórico significativo (cita de Salazar en *Labradores, peones y proletarios* (p. 120).

En torno a este tipo de discurso histórico que el estudio expresa con su estructura se configura una nueva dimensión de la escritura histórica, que al decir de Valderrama en *Dialectos en transición* (LOM-ARCIS: 2000) ella se contextualiza por

la evidencia de una pérdida, de cierta privación social, intelectual, y moral provocada por la dictadura, impone a la nueva escritura historiográfica la necesidad de realizar un "trabajo de la memoria". Trabajo, que al pensarse como una historia/historiografía de la autoidentificación histórico/carnal con el otro (p. 115).

Esto es precisamente lo que se obtiene de la propuesta salazariana. La voz de los sin voz en nuestra historiografía se enviste de una real presencia, los sujetos que hablan son capaces de enunciar y anunciar sus modos experienciales. En consecuencia, estamos frente a la fundación de un acto escritural de intertextualidad creciente de los pobladores pobres del poniente y sur de Rancagua.

Estos sujetos que hablan en propiedad de sus historias nos permiten, según la historiadora María Angélica Illanes, recuperar al sujeto antropológico, y para ello enfatiza un aspecto primordial:

Comenzar por lo primero consiste en recuperar el habla. Por habla entiendo el poder de habitar la historia (definida como escritura). La recuperación del sujeto antropológico exigiría, a mi juicio, partir por la iniciación de movimientos emancipatorios del habla que luchasen en contra de la proletarianización cultural, es decir, de la exclusión de la sociedad de su status histórico, en contra del silenciamiento y de la masiva proletarianización de la sociedad. Esto quiere decir, la recuperación del texto (1994: 225).

Dicho de otra forma, el cambio y aparición de los nuevos sujetos históricos en *La sociedad civil y popular de Rancagua* consiste fundamentalmente en lo que Roland Barthes reflexiona sobre la constitución del discurso histórico,

aquella que por la estructura del discurso intenta reproducir la estructura, elecciones vividas por los protagonistas del proceso relatado, en ella dominan los razonamientos, es una historia reflexiva, que se puede llamar también historia estratégica... (1970: 47).

Una tercera perspectiva para comentar en torno a este discurso histórico se refiere a los objetivos de la historia/historiografía. Para precisar al respecto, es necesario comprender que dichas metas oscilan desde las posibilidades del poder de los ciudadanos, como en el caso particular los pobladores de Rancagua; y por otra parte, sus referenciales para ejercer un eficaz poder político. Al respecto el mismo Salazar lo formula con notable precisión en su prefacio, al señalar que

se busca maximizar la participación popular en los asuntos públicos, a fin de profundizar en el país el poder de los ciudadanos y el proceso global de democratización (p. 13).

El decir salazariano prosigue al enunciar como objetivo que

la proyección histórica de los trabajos llevados a cabo por los pobladores entrevistados es de tal envergadura y significado, que requiere de una categoría o concepto que recoja interpretativamente todo su pasado, toda su profundidad humana y el conjunto de su proyección futura. Sobre todo, como ejercicio espontáneo de "sinergia soberana" que es lo que late a borbotones entre ellos mismos. Es en reconocimiento a esa sinergia que nos decidimos a utilizar el término de "sociedad civil popular" (p. 17).

En otros términos, el propósito central no es más que re-vincular la política con las experiencias históricas, indicando para ello la potenciación concreta de la sociedad civil popular,

como un poder cívico emergente que, por ser eso, tiene mucha historia adicional por construir... (p. 16).

La historia procede y se erige así, con un sentido más real y estratégico, dando paso a una praxis política distinta de los pobladores marginalizados históricamente. Junto a lo anterior, lo que se trata es de dotarlo de un arma esencial, como es la construcción de su propio conocimiento, que en vista de lo político pueda superar la relación presente-pasado, para combinar el binario presente-futuro. Un estudio del sociólogo Hugo Zemelman titulado *De la historia a la política* (1989) señala:

El conocimiento no se plantea ya como reconstrucción de lo devenido, sino como la apropiación del futuro, esto es, de aquello no devenido, lo virtual de la realidad (p. 29).

En este sentido la memoria social que representan los pobladores de Rancagua puede transformar su temporalidad, que según el pensamiento de Zemelman sería

una urgencia de futuro que nos obliga a concebir lo que es un producto del pasado como una situación abierta a posibilidades no previstas, en virtud de las potencialidades que contiene. En este sentido, la realidad solamente alcanza su plenitud, es decir, se completa en el propio proyecto de construir el futuro buscando como realidad posible de vivirse como experiencia (p. 29).

Siguiendo la reflexión que proporciona el trabajo de *La sociedad civil y popular de Rancagua*, se encuentra lo relativo a la viabilidad y direccionalidad que admite esa soberanía, y el hecho que un definido mapa pueda bosquejar un horizonte histórico, problema que conlleva asumir la noción de experiencia histórica. El propio Zemelman lo reconoce al establecer que

constituye la experiencia una ampliación de la conciencia hacia el horizonte histórico que es el contexto del hombre, pero convertido ahora en objeto de una direccionalidad (p. 33).

En síntesis, las contribuciones de esta historia a la política consisten en que los actores políticos o sujetos de la historia pueden generar un genuino *poder* para recoger toda su naturaleza y realidad. El poder será a fin de cuentas el campo estratégico dado que

es en principio la capacidad para reproducirse como sujeto, predominando esta lógica sobre la de su transformación. Es por ello por lo que el poder es la posibilidad de que la utopía del actor se convierta en un modelo de sociedad mediante una dirección... (Zemelman: 35).

Lo sostenido por H. Zemelman constituye uno de los desafíos medulares de la nueva historiografía, en tanto pueda aportar teórica y metodológicamente a la constitución del poder. Por otra parte, si los sujetos pobladores son capaces de definir un objetivo decisivo hacia ellos mismos y hacia la sociedad en su conjunto, las condiciones sociales de poder de la sociedad civil cobran posibilidad histórica y política efectiva, lo que queda expresado en la propuesta de Zemelman,

el poder como capacidad de creación de nuevas instancias de decisión; esto es, como rompimiento de las estructuras de dominación existentes (p. 41).

En consecuencia, sobre este conjunto de experiencias históricas

el poder está condicionado por la existencia o ausencia de una voluntad colectiva, entendida ésta como articulación de prácticas en función de una finalidad que se comparta en el largo tiempo... (p. 42).

La experiencia de los pobladores de Rancagua al manifestar sus vidas cotidianas ha demostrado con su existencia la inteligencia de conducir un proceso de articulación estratégico que en lo conceptual se define como su sistema de necesidades. Resulta importante destacar este aspecto, puesto que los sujetos populares que no han podido significar toda su pobreza tienen la posibilidad de satisfacer su sistema de necesidades

desde su hablar cultural, sus proyectos de vida, las alternativas de resolución, y en particular erosionar las bases que presenta el sistema neoliberal. A este cuadro histórico Gabriel Salazar rotula como la introducción de las grietas cuestionadoras, como resultante de las prácticas reiteradas de exclusión y domesticación que ejerce la sociedad global de mercado.

Frente a este panorama lo que se espera conseguir es la suficiente direccionalidad que pueda y deba otorgarse a estos procesos, dado los propios sistemas de necesidades humanas que experimentan los pobladores pobres de Rancagua y de Chile en general. De tal forma que se obtenga la fuerza suficiente para

cuestionar las necesidades que el capitalismo genera y satisface.
(A. Heller, citado por Zemelman: 55).

En esta dimensión el accionar político e histórico de estas experiencias se materializa en promover un nuevo campo de necesidades distinto al capitalismo.

En el trayecto del presente trabajo salazariano existen dos capítulos que de alguna manera dibujan las experiencias históricas invocadas como el imperativo central de esta historiografía, como son los actos de *humanización* de los pobres de nuestro país. Quisiera al respecto ilustrar brevemente del capítulo III "De la memoria crítica y de la red solidaria de los cabros chicos (1983-1998)" una notable representación del sentir de estos niños cuando se señala:

-Lo que más me llama la atención -dice Norma Carrasco, del Blest Gana- es esa lealtad que estos niños se tienen entre ellos; o sea: si uno se manda una embarrada, ninguno acusa al otro aunque estés presionando para que ellos lo digan... en este sector, no, por nada del mundo el niño te traiciona, te delata al compañero. Igual, si uno lleva un pan, lo reparte con todos sus compañeros de colación; tienen un increíble sentido de compartir (p. 70).

Otro testimonio habla de la colaboración, de la fraternidad de los niños como lo describe una profesora:

Incluso tengo chiquititos de primero básico que ayudan a sus padres como vendedores ambulantes, y venden calendarios, yerbas, distintas cosas. De chiquititos están en el comercio de la calle.
-Son buscavidas -agrega la profesora Amelia Donoso-: se van a la ribera del río, buscan botellas, tarros, latas, cartones, etc. Y ellos van así saliendo adelante... (p. 74).

Son éstas las demostraciones de una vida dura, de la pobreza en toda su extensión y profundidad. Sin embargo, algo indica que estos niños podrán adquirir las herramientas para sobrevivir; pero al mismo tiempo cuentan con un saldo favorable: el alto sentido de la solidaridad.

El otro capítulo que proyecta una tremenda carga de humanización es el VI, titulado "Las escuelas, las profesoras: ¿actores de la sociedad civil popular?". En éste se registran las prácticas educativas de las dos escuelas investigadas. La afectividad se instituye como el primordial acto educativo. Los testimonios de los profesores que trabajan en dichos sectores expresan con fuerza esta necesidad de humanización, pues se sienten parte de los dolores, penas y alegrías de los niños estudiantes, quienes son los que más sufren el mayor dolor: la desigualdad histórica.

Las profesoras se transforman en sólidos actores de un proceso que se esfuerza por superar la marginalidad a pesar del sistema oficial. La afectividad, el cariño, son los nutrientes del poder y soberanía de la escuela, la que modifica su óptica para hacer educación, dado que no se quiere solamente (y no puede) entrar en los rankings de la excelencia académica que impulsa la Reforma Educacional del Estado. En estas instancias educar es algo más profundo, los docentes son verdaderos profesores sociales, como sostiene Salazar.

Reviso someramente algunos pasajes testimoniales de las profesoras entrevistadas, y de lo que piensan de su acción formativa:

No vamos a decir que uno reemplaza a la familia -dice Marcela-, pero si la escuela es como el segundo hogar del niño... Tú empiezas a formarlo desde el kinder. En qué sentido: en que, no sé, tenga una personalidad armónica en la parte afectiva, que pueda autocontrolarse, que respete órdenes de los adultos, que respete normas y que aprenda a convivir con otros niños de su misma edad... Y tú tienes que afianzar mucho la parte afectiva, pero con mucho tino, porque algo tan sencillo como celebrar el Día del Padre puede ser muy complicado porque de repente no existe el padre... (p. 171).

Otro testimonio refleja lo siguiente:

El niño se ve enfrentado a más problemas... El apoderado nos confía sus niños para cubrir todo lo que son sus necesidades básicas: la parte del afecto, alimentación, vestuario. Útiles escolares, etc.; entonces nuestros niños tienen características diferentes a la de otros colegios, donde la misión es exclusivamente entregar conocimientos, formación de valores, hábitos, etc. (p. 170).

Para examinar la profunda identificación de los profesores, cito finalmente el testimonio de un profesor que al cambiar de escuela relata la siguiente experiencia:

... y tengo muy bonitos recuerdos de la despedida que me hicieron todos los apoderados y alumnos. Tanto fue así que recuerdo que muchas lágrimas corrieron por mis mejillas, porque gente tan humilde, tan tremendamente humilde, me hicieron regalos preciosos. Recuerdo a un alumno flaquito, chiquitito y que ahora debe estar casado... Saúl Díaz se llamaba. El me entregó un galvano en el que decía: "Al maestro con cariño". Así que eso me llenó de emoción, y siempre lo estoy recordando... (p. 184).

Junto a las descripciones de la fuerza humanizadora de los educadores, el autor señala en este capítulo un conjunto de interpelaciones, desafíos e interrogantes sobre los propósitos de la educación en los sectores populares, su real función, la práctica docente y la necesidad de fundar una escuela como espacio público para los niños y pobladores marginalizados.

CONSIDERACIONES FINALES

Como todo trabajo que emprende el profesor Salazar, no escapará ciertamente a los elogios y las críticas. Pero su contundencia historiográfica está abierta para todos los hombres y mujeres que aspiran en un sentido al país justo, y que ciertamente no es el de los medios de comunicación o de los estándares oficiales.

En lo específico, la obra comentada representa una propuesta historiográfica que merece ser destacada por las potencialidades que ofrece para el trabajo de los historiadores, como un agente social mucho más decisivo.

El discurso histórico de Gabriel Salazar, en sus diversas variantes, ya fue elogiado en su ocasión, por el Profesor Emérito y fundador del Departamento de Historia de nuestra Universidad de Concepción, Augusto Vivaldi Cichero. Al comentar el estudio sobre "Labradores, peones y proletarios", lo definía como "una verdadera historia del pueblo de Chile". En esa oportunidad el profesor Vivaldi veía en la obra salazariana una cierta clausura de la historia oficial. Al respecto sostenía:

En nuestro país ha primado una historia del patriciado a la que se le otorga la calidad de historia general del país, considerando que el pueblo es una mera comparsa del proceso, que no hace historia o por lo menos no hace su propia historia... y justificaba esta nueva historia en virtud de las nuevas necesidades, la búsqueda de una nueva identidad y legitimidad histórica, llevan a un replanteamiento general de la historia... (Diario *El Sur*: 1986).

Por otra parte, el presente estudio permite aprovechar las potencialidades interpretativas, la consolidación de nuevos sustentos teóricos y metodológicos, con el fin de impulsar, según el autor, la edificación de identidades con el protagonismo popular. La sociedad civil y popular del poniente y sur de Rancagua sería, a fin de cuentas, un auténtico *regreso del sujeto*, como lo sostiene Jesús Ibáñez (*El regreso del sujeto*: 1994).

Este mismo escritor se refiere al concepto de sociedad civil que utiliza Salazar. Ello queda de manifiesto al afirmar que "se habla mucho últimamente de sociedad civil. Una sociedad civil en la que está prohibido conversar es una sociedad civil simulada por un Estado".

Quizás esta expresión refleja en esencia la contribución de Gabriel Salazar para desarrollar un poder de escritura, de hablar, que en su trasfondo es el no menos importante acto de conversar con los más pobres de nuestro país. En palabras de Jesús Ibáñez:

La conversación acerca: electriza, erotiza. Un conversante gira sobre el otro, más y más rápido hasta fundirse... En la conversación, el receptor retorna como emisor: rotan emisor y receptor, vencedor -el que habla- y vencido -el que escucha- (Ibáñez: 75).

De este modo se inician nuevos espacios de diálogos, los que se inauguran al vencer la *prohibición de la conversación*, dada por el nuevo orden simbólico imperante del capitalismo.

En suma es una obra que al ser leída debe orientar la gran misión de académicos e instituciones interesadas en el desarrollo armónico y pleno de la ciudadanía. Y de paso vencer las frustraciones históricas del pueblo, contribuyendo a generar una conciencia histórica y política.

En síntesis y ocupando una afirmación de J. Habermas citado por H. Zemelman en *De la historia a la política*, tal realidad sólo será posible "más que a partir del conjunto objetivo constituido por el lenguaje, el trabajo y el poder" (citado por Zemelman: 37).

La líneas de acción están lanzadas, todo es cuestión de tiempo y compromiso.

DE LA "REGENERACION DEL PUEBLO" A LA HUELGA GENERAL. GENESIS Y EVOLUCION HISTORICA DEL MOVIMIENTO POPULAR EN CHILE (1810-1890)

Sergio Grez Toso

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 1998.

BRIAN LOVEMAN*

Hace veinticinco años publiqué una historia de Chile en inglés. Había revisado las historias generales y las monografías chilenas y también las obras escritas en Estados Unidos y en Europa, sobre todo en Inglaterra. No obstante escribí: *Historical treatments of the origins, character, and evolution of the Chilean labor movement in the early nineteenth century remain extremely fragmentary* ("El tratamiento histórico del origen, carácter y evolución del movimiento obrero a comienzos del siglo diecinueve es aún extremadamente fragmentario"). Cuando se publicó la segunda edición del libro en 1988 no había motivos para cambiar esa frase. Sin embargo, cuando estaba por salir la tercera edición (hacia fines del 2000) se había producido un renacimiento de los estudios históricos en Chile, incluyendo el tema de los movimientos sociales y laborales del siglo XIX, lo que ha implicado autoadministrarme un cursillo de "postgrado" sobre el artesanado, las mutuales y el cooperativismo, la luchas campesinas y mapuches y el movimiento sindical obrero chileno, leyendo las investigaciones de académicos como José Bengoa, Eduardo Cavieres, Eduardo Devés, Baldomero Estrada, Cristián Gazmuri, Alvaro Góngora, María Angélica Illanes, Luis Ortega, Julio Pinto, Jorge Rojas F., Rafael Sagredo, Gabriel Salazar, René Salinas, Luis Valenzuela, Jaime Valenzuela y Sergio Villalobos. Por su influencia en la historiografía chilena habría que agregar a la lista al argentino Luis Alberto Romero. Seguramente hay mucho más que leer. Espero que me perdonen los autores que no he mencionado por no haberlos alcanzado todavía a incluir en mi reeducación histórica.

Sin embargo, el investigador que más ha hecho para que mis palabras de 1976 y 1988 ya no tengan validez es Sergio Grez Toso. En 1995, Grez editó el libro, *La cuestión social en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, publicado por DIBAM en la serie de Fuentes para la Historia de la República, del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. En este libro Sergio Grez nos recordó indirectamente a todos los historiadores que investigamos temas chilenos del siglo XIX la falta de estudios respecto de la "cuestión social". Además, al introducir la importante colección de escritos sobre este tema desde la Patria Vieja (cuando se encuentra a "un franciscano revolucionario... haciendo una lectura 'clasista' de los problemas del país" (p. 10), Grez le da gran peso a la posibilidad de "reivindicar los méritos y ventajas de la investigación basada en fuentes primarias por sobre las verdades aceptadas y repetidas más o menos acriticamente en trabajos de mera reinterpretación" (p. 44). Sin embargo, seguía faltando una historia de los movimientos sociales y obreros del siglo XIX basada en una investigación de fuentes primarias.

Dos años después, Sergio Grez publicó un trabajo realmente monumental sobre lo que llama la "génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)" que aprovecha tanto las monografías y

*San Diego State University.